EL DEBATE SOBRE MARIATEGUI: RESULTADOS Y PROBLEMAS

Antonio Melis

- Diego Meseguer Illán, *José Carlos Mariátegui y su pensamiento revolucionario*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974, 265 pp.
- Hernando Aguirre Gamio, *Mariátegui: destino polémico*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1975, 144 pp.
- Guillermo Rouillon, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*. Tomo I: *La Edad de Piedra (1894-1919)*, Lima, Editorial Arica, 1975, 341 pp.
- Harry E. Vanden, *Mariátegui: Influencias en su formación ideológica*, Lima, Biblioteca Amauta, 1975, 145 pp.
- Malcolm Sylvers, "José Carlos Mariátegui e l'Italia: la formazione di un rivoluzionario peruviano", *Movimento Operaio e Socialista, Génova*, XXI, 1º-2º, Gennaio-Giugno 1975, pp. 57-119.

La obra de José Carlos Mariátegui crece con el tiempo. La edición en 20 tomos de sus obras completas se reimprime continuamente. El pensamiento del gran peruano se difunde cada día más en su país, sobre todo entre la juventud, y al mismo tiempo, se multiplican las traducciones en varios países del mundo. El debate sobre el significado de su obra sigue siendo polémico y apasionado. En esta reseña nos ocuparemos de algunos estudios publicados en fecha reciente, sin dejar de hacer algunas referencias a trabajos anteriores.

Entre las aportaciones más relevantes de los últimos años figura sin duda el libro de Diego Meseguer Illán. El autor trata sobre todo de reconstruir la formación política de Mariátegui en sus distintas etapas. En primer lugar, destaca con precisión la época "colónida" de José Carlos. No existe contradicción antagonista entre el período bohemio y la sucesiva toma de posición política clasista. Mejor dicho, la fase "vanguardista" de Mariátegui es una forma embrionaria de protesta contra la angustia que genera el ambiente. El encuentro con el marxismo, ya antes de su viaje a Europa, le aclarará a Mariátegui los límites de esta forma de oposición.

Cuando Mariátegui sale en 1919 con rumbo a Europa, tiene ya algunas experiencias importantes en su patrimonio político e ideológico. En particular, la inquietud estudiantil, que se difunde a partir del movimiento reformista de Córdoba y alcanza al Perú. Pero, sobre todo, el impacto del incipiente movimiento obrero, prisionero todavía del anarcosindicalismo y de su rechazo a la política.

Europa representa un terreno de comprobación de algunas hipótesis ya formuladas o bosquejadas. Meseguer subraya toda la importancia del encuentro con Henri Barbusse. El grupo de *Clarté* no ha sido hasta hoy estudiado como merecería. Su experiencia ha quedado sumergida bajo el eco abrumador de los vanguardismos, en particular del movimiento surrealista. Pero su planteamiento de la relación entre intelectuales y obreros nos aparece hoy mucho más avanzado que los funambulismos surrealistas.

Desde luego es en Italia donde se cumple la etapa decisiva de su formación. Mariátegui vive en este país durante un período crucial de su historia. Son los años de la crisis postbélica, del desarrollo del movimiento obrero y de la organización del fascismo. En Italia entra también en contacto directo con el pensamiento marxista.

Meseguer destaca la tonalidad peculiar del marxismo de Mariátegui, matizado de influencias idealistas. En este aspecto el autor se acerca a su maestro Robert Paris, aunque evitando el furor iconoclasta, a veces francamente despistado, del crítico francés. La reconstrucción de las presencias heterogéneas en el pensamiento del peruano es sumamente cuidadosa. El aspecto más novedoso es tal vez la averiguación de la deuda que Mariátegui tiene con la interpretación de la crisis internacional proporcionada por el ensayista italiano Adriano Tilgher.

Sin embargo, lamentablemente, también Meseguer se detiene en el umbral de esta problemática. Se limita a *describir* estas influencias heterodoxas. No trata de explicarse su motivación. Nosotros pensamos que el problema fundamental es justamente éste. En otras palabras, se trata de analizar *el uso* que Mariátegui hace de estos elementos. La acentuación de los aspectos voluntaristas aparecerá entonces estrechamente vinculada con la tarea heroica de crear el socialismo peruano.

¿Es posible juzgar a Mariátegui como si fuera un teórico puro o un estudioso del pensamiento marxista? Un método puramente filológico de examinar su obra deja escapar la funcionalidad de su elaboración con respecto a una realidad históricamente determinada.

En primer lugar, el voluntarismo mariateguiano tiene un claro sello antirreformista. El marxismo evolucionista y positivista de la Segunda Internacional es su blanco preferido. Los rasgos religiosos que se encuentran en su pensamiento se relacionan con la necesidad de un fuerte impulso ético, que supere el chato racionalista de los socialdemócratas.

Estas observaciones no quieren de ninguna manera quitarle méritos al trabajo de Meseguer. Se trata, en cambio, de señalar un terreno que sigue abierto para las interpretaciones futuras de la obra de José Carlos.

Entre los logros más notables del libro, es preciso subrayar el análisis de *La novela y la vida* (anticipado en "José Carlos Mariátegui y el realismo literario marxista", *Textual*, Lima, 5º-6º, dic. 1972, págs. 9-11).

Meseguer desentraña el significado de esta obra poco estudiada de Mariátegui, unificando una serie de temas. Al crítico este relato, inspirado en un hecho de la crónica italiana, le parece certeramente una aplicación del psicoanálisis. Pero al mismo tiempo es una tentativa de injertar el aporte freudiano dentro de una dimensión clasista. Así el profesor Canella es el símbolo de las incertidumbres y las oscilaciones de la pequeña burguesía. Se trata de una referencia transparente a la demagogia populista del fascismo italiano. Pero contemporáneamente, como señala Meseguer, Mariátegui alude sutilmente la situación peruana. Bajo el disfraz narrativo, se enfrenta con el problema decisivo de la dirección del proceso revolucionario. A través de este ataque a la pretensión de la pequeña burguesía de ser el motor de la revolución, Mariátegui se refiere al APRA y a su vocinglero jefe.

Nos hemos detenido en esta parte del libro porque nos parece la más feliz y novedosa. Pero es necesario destacar otros aspectos del trabajo que lo ponen, a pesar de las posiciones controvertidas, entre las contribuciones más serias a la investigación mariáteguiana. El elemento constante del libro es la relación estrecha con los acontecimientos históricos contemporáneos. Esto se percibe claramente, por ejemplo, en el relieve justamente otorgado a la Revolución Mexicana. Meseguer demuestra la importancia fundamental que tuvo este gran evento latinoamericano en la formación política del peruano. Desde la nueva perspectiva alcanzada en los últimos años, Mariátegui está en condición de entender los límites del proceso revolucionario mexicano.

Asimismo Meseguer describe eficazmente el impacto producido por el movimiento estudiantil en la formación de José Carlos. Este proceso, nacido en 1918 en una Universidad como la de Córdoba, símbolo de los rezagos coloniales, alcanza una dimensión continental en poco tiempo. Es un movimiento que tiene una evidente base social pequeño-burguesa, pero, en su rápido desarrollo, se enfrenta inmediatamente con los problemas generales de la lucha de clases. En este contexto se va a producir la inevitable separación de las distintas tendencias. El movimiento estudiantil se presenta en América Latina como un hervidero de posibilidades. No es casual el hecho que de sus filas salgan personajes tan distintos como Julio Antonio Mella y Haya de la Torre, Aníbal Ponce y Rómulo Betancourt. La división se produce justamente a partir de la relación establecida con el fondo pequeño burgués que ya aludimos.

Para terminar, cabe señalar el carácter "completo" del libro de Meseguer. Prácticamente ninguno de los múltiples aspectos de la personalidad de Mariátegui queda excluido de su análisis. Es un aporte que obliga al lector y al estudioso de la obra mariáteguiana a una confrontación global, que no se ciñe al espacio de una reseña.

El libro de Aguirre Gamio reúne una serie de artículos revisados y reelaborados por el autor. La temática abarcada es muy variada. El crítico se basa en una definición de Mariátegui como marxista "flexible y abierto". Volveremos más adelante sobre la ambigüedad de esta definición. Por el momento analizamos los distintos enfoques de Aguirre Gamio, que no constituyen un conjunto orgánico.

El primer ensayo se ocupa de "La actitud religiosa en Mariátegui". Según el autor, para el pensador peruano la religión de nuestro tiempo

es la política revolucionaria. Mariátegui rechaza el anticlericalismo radical de Manuel González Prada; propone, en cambio, una recuperación del impulso religioso en un sentido político y social. En este contexto se comprende su admiración hacia una personalidad como la de Miguel de Unamuno.

La teoría del mito es un componente esencial de la concepción mariáteguiana. Aguirre Gamio atribuye este aspecto de su pensamiento a la influencia de Sorel y Bergson. Pero, como otros críticos, no ahonda en las razones de esta elección. Se le escapa la fundación "táctica", en el mejor sentido de la palabra, del planteamiento de Mariátegui. Por eso repite que la posición del peruano es "ecclética o conciliatoria" (p. 20). Pero las mismas citas que trae confirman, sin lugar a dudas, el objeto polémico del gran marxista: la socialdemocracia positivista y reformista.

El segundo trabajo es una breve nota sobre la relación Mariátegui-Unamuno. Aguirre Gamio subraya que el peruano ha captado el sentido revolucionario del pensamiento de Unamuno. El intercambio epistolar entre los dos intelectuales es un testimonio fehaciente de la estimación recíproca. Es interesante observar que en la apreciación de Unamuno se encuentra otro significativo punto de coincidencia entre Mariátegui y Mella.

El III capítulo, totalmente compartible, rechaza la visión de un Mariátegui aprista. Asimismo afirma justamente que no tienen bases las acusaciones de populismo dirigidas contra él en cierta época.

El IV ensayo analiza la idealización del Estado incaico en Mariátegui. El autor no deja de destacar, sin embargo, que el elemento dominante del análisis mariáteguiano es el antigamonalismo. Es interesante la referencia al modo de producción asiático, que ya nosotros habíamos aludido en un trabajo publicado en 1967 (ahora en el libro *Mariátegui. Tres estudios*, Lima, Biblioteca Amauta, 1971, p. 37).

El V artículo debate el problema del carácter feudal de la economía colonial. En este sentido se aleja de las posiciones de Mariátegui, para entrar en la problemática vinculada en estos últimos años con las posiciones de André Gunder Frank. Es interesante observar, sin embargo, que las conclusiones políticas de estos autores recientes coinciden con Mariátegui en el rechazo de una etapa capitalista como pasaje necesario para los países latinoamericanos.

El último ensayo, en fin, vuelve sobre las diferencias entre Mariátegui y el aprismo. Subraya la posición firme del Amauta contra cualquier hipótesis de partido pequeño-burgués. Aguirre Gamio caracteriza la visión mariáteguiana como un solo proceso revolucionario. Nos parece una definición acertada, que vincula la posición de Mariátegui con la tradición auténtica de la Tercera Internacional. Pero el crítico se contradice más adelante cuando trata de acercar los planteamientos de Mariátegui con los de Trotszky. Se trata de un lugar común de una parte de la crítica mariáteguiana, pero basado en una equivocación. La revolución permanente de Trotszky es un concepto muy lejano de la línea mariáteguiana. Las expresiones de aprecio hacia la personalidad de Trotszky se refieren al período anterior a la ruptura con el grupo dirigente bolchevique. Aguirre Gamio confunde el rechazo del aprismo, o sea de la hegemonía pequeño-burguesa y del policlasismo, con el rechazo de una política de alianzas. Toda la obra de Mariátegui, en cambio, se entiende dentro de la relación dialéctica Partido-Frente.

El afán mariáteguiano de Guillermo Rouillon es bien conocido desde muchos años. Su *Bio-bibliografía* de 1963 constituye un punto de referencia fundamental para los estudiosos del peruano. Su último trabajo es de carácter esencialmente biográfico, pero no renuncia a una serie de deducciones de tipo psicológico y hasta psicoanalítico. El autor se propone subsanar la ausencia de una biografía completa del pensador peruano. El libro que examinamos se presenta en efecto como la primera parte de una biografía monumental. Su subtítulo, *La Edad de Piedra*, se basa en una conocida autodefinición del propio Mariátegui. Con ella el pensador peruano se ponía en una posición de autocrítica radical con respecto a su obra premarxista.

Rouillon se basa en investigaciones de archivo y en testimonios recogidos durante varios años, pero trata al mismo tiempo de organizar este material en una interpretación que quiere echar nueva luz sobre la prehistoria intelectual de Mariátegui.

El I capítulo está dedicado al análisis de la procedencia familiar de Mariátegui. Rouillon se detiene sobre todo en la rama paterna, destacando su ascendencia masónica y los problemas que este aspecto planteó a la piadosa madre de José Carlos.

El II capítulo examina la infancia del pensador, su enfermedad y su formación religiosa. En este período, según Rouillon, empieza a interesarse de la figura del padre. Comienzan también sus amplias lecturas.

El capítulo siguiente tiene como objeto la carrera periodística de Mariátegui. Rouillon reconstruye casi cotidianamente el itinerario del joven inquieto, desde obrero hasta cronista. Entre los tipógrafos el muchacho toma su primer contacto con las ideas anarquistas. Un acontecimiento importante es el encuentro con Manuel González Prada y con el hijo de éste, Alfredo, que representa para José Carlos un estímulo decisivo para acercarse a la literatura contemporánea. En 1911 empieza su actividad propiamente periodística con el seudónimo de Juan Croniquer, destinado a volverse célebre dentro de pocos años.

A propósito de la colaboración con la revista hípica *El Turf*, Rouillon reintroduce la problemática paterna, puesto que el joven habría emprendido esta actividad sabiendo que el padre era aficionado a los caballos. Por la misma razón sería atraído por el mundo aristocrático. El autor analiza también el amor adolescente por la hermana del amigo Ricardo Martínez de la Torre.

El IV capítulo, dedicado al período 1914-1917, insiste en el tema de la búsqueda del padre. Esta es la fase también de la colaboración con el grupo de *Colónida* y de las primeras obras literarias. Mariátegui se encuentra bajo la influencia de impulsos distintos y hasta opuestos. Los tres días de retiro en un convento y los dos madrigales místicos que escribe atestiguan estas oscilaciones.

La influencia contradictoria de Abraham Valdelomar en el terreno literario y de César Falcón en el plano socio-político refleja esta dicotomía. Rouillon examina la definición progresiva en el joven periodista de una actitud anti-conservadora. La lucha contra las posiciones de Riva Agüero y la separación de *La Prensa* cuando ésta se vuelve civilista son momentos significativos en este proceso. El aspecto tal vez más eficaz del capítulo es justamente la insistencia en la división interior del Mariá-

tegui de estos años. Al mismo tiempo el autor deja entrever el camino por el cual José Carlos llegará a una clara elección.

Así vemos por un lado la victoria en el concurso periodístico sobre la procesión tradicional en Lima, por el otro la fascinación despertada en él por la Revolución de Octubre. La inscripción en la Universidad Católica para seguir un curso de latín coexiste con la lectura entusiasta de Gorki. Sus primeras batallas políticas en pro de la candidatura de Jorge Prado se desarrollan paralelamente al estruendoso baile de Nora Rouskaya en el cementerio.

El contacto con el movimiento obrero es el factor determinante para superar esta escisión. El último capítulo del libro señala las etapas de esta formación. La influencia de Víctor M. Maurtua representa la iniciación de una serie de lecturas típicas de esa época, donde Sorel aparece al lado del escritor Jack London. La fundación de *Nuestra época*, a pesar de la escasa duración del periódico, le causa el primer enfrentamiento directo con las fuerzas reaccionarias.

Pero mucho más que las lecturas actúan en él los estímulos de las luchas obreras. Esas luchas constituyen un punto firme de referencia contra toda tentativa del gobierno de desviar el impulso del proletariado con una agitación chauvinista contra Chile. El encuentro con Haya de la Torre se produce en esta fase de convergencia de las luchas estudiantiles con las reivindicaciones obreras. La formación del Comité Socialista plantea un problema que Mariátegui solucionará definitivamente sólo a su regreso de Europa, pero que desde ahora lo ve en una posición clara. En efecto, él no tiene ninguna simpatía hacia las posiciones que quieren separar la lucha económica de la lucha política. La asimilación del leninismo en Europa se desarrolla sobre una base ya cultivada.

Como Meseguer, también Rouillon señala la importancia del contacto con el movimiento reformista de Córdoba. El viaje de Alfredo Palacios en 1919 es un acontecimiento de gran resonancia en este sentido. El autor, analizando esta etapa que precede al viaje a Europa, destaca oportunamente la capacidad de Mariátegui de separarse del juego político tradicional. El diario *La Razón* representa el instrumento para vincularse más estrechamente con el movimiento obrero. La dictadura de Leguía trata de eliminar esta oposición. Al final ofrecerá a Mariátegui y Falcón la solución del viaje a Europa. La interpretación de este episodio, tan tergiversado por los adversarios de Mariátegui, sale muy limpia de las páginas de Rouillon. El autor aclara cómo la alternativa al viaje no podía ser otra que la prisión.

Aquí termina el primer tomo de la obra. El autor se ha dedicado a la tarea de reconstruir este "prólogo" de la obra mariáteguiana con escrúpulo documentario y al mismo tiempo con una calurosa adhesión a su personaje. Los materiales reunidos en esta primera parte representan una firme base para la investigación futura sobre este período de formación. Algunas de las conclusiones sacadas por el crítico, en cambio, nos parecen dudosas. En efecto la relación establecida entre algunos aspectos de la vida del joven José Carlos y su búsqueda del padre resulta un poco constreñido dentro de un esquema previo.

La investigación del norteamericano Harry E. Vanden es un aporte fundamental al debate sobre las fuentes ideológicas de Mariátegui. Hasta

hoy la crítica mariateguista se había basado en deducciones sacadas de la lectura de las obras del maestro peruano. Esta situación ha llevado a formular una serie de hipótesis muchas veces arbitrarias. Se ha dicho a menudo, por ejemplo, que el marxismo de Mariátegui es “de segunda mano”. El peruano, según estas visiones, no tendría una formación ideológica directa, sino filtrada por el idealismo de Croce y el voluntarismo soreliano.

El autor que más ha insistido en estos planteamientos es el francés Robert Paris. Sus contribuciones al estudio de Mariátegui son de calidad indudable, pero presentan esta deformación, que parece acentuarse con el tiempo. Paris atribuye a Mariátegui las influencias más heterogéneas. Pero una constante de sus trabajos es la negación de un auténtico carácter marxista del pensamiento mariateguiano. Nosotros hemos siempre discrepado de estas posiciones, no por una malentendida intención apologética (puesto que Mariátegui no la necesita), sino porque nos parecía captar en sus obras el eco de lecturas profundizadas de algunos textos básicos. Ahora nos alegra la comprobación ofrecida por el trabajo de Vanden, que se presenta como parte de una obra más amplia.

Entre los libros poseídos por Mariátegui, aparece *El Capital* en edición italiana (primer tomo) y francesa. Asimismo figura la *Historia de las doctrinas económicas* junto con *Miseria de la filosofía*. Eso nos parece ya suficiente para demostrar la documentación directa del pensador, así como su interés hacia el núcleo económico de investigación marxiana. De Engels aparece en esta lista *Socialismo utópico y socialismo científico*. Lenin está presente con todas sus obras clave. Y es una presencia que se advierte en la evolución política de José Carlos.

Desde luego la lista ofrecida por Vanden confirma también las lecturas extra-marxistas de Mariátegui. Pero nadie, a no ser tal vez algún ingenuo, ha pretendido olvidar o negar esta formación plural. El problema real vuelve a ser el que planteábamos a propósito del libro de Meseguer. ¿Qué relación hay entre estas bases marxistas y leninistas y la atención hacia otras líneas de pensamiento?

Aquí surge el llamado problema del “marxismo crítico” de Mariátegui. Hemos siempre desconfiado de esta definición, porque nos parece tautológica. La esencia del marxismo-leninismo es justamente la dialéctica materialista. Los auténticos marxistas, por eso, son *siempre* críticos.

Hace algunos años hubo una polémica interesante entre Augusto Salazar Bondy y Adalbert Dessau. El ilustre pensador peruano replicó a algunos reparos hechos por el crítico alemán a su *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Ahora bien, nosotros no aceptamos la metodología de Dessau en un aspecto. Es decir, no compartimos la visión implícita de un José Carlos Mariátegui que nace, como Minerva del cerebro de Zeus, ya armado del marxismo-leninismo. Sí creemos, en cambio, que su trayectoria presenta un desarrollo continuo y creador, sólo interrumpido por la muerte temprana. Esta trayectoria, a partir del viaje a Europa, se identifica con una progresiva asimilación del marxismo-leninismo, pero no se detiene en la mera teoría: Mariátegui regresa al Perú con la intención declarada de dedicarse a la “creación heroica” del socialismo peruano. Pero se encuentra con un patrimonio marxista-leninista no inmóvil, sino atravesado por fracturas y oposiciones. La herencia de Marx y, después de la muerte del líder ruso, la de Lenin, no es

un hecho objetivo y pacífico. La referencia común a la doctrina no oculta la presencia de interpretaciones distintas y contrapuestas.

Mariátegui se halla en presencia de un proletariado todavía débil y, en cambio, de un campesinado casi totalmente indio o mestizo. Su elección ya definida en Europa encuentra nuevas razones para afirmarse en la realidad peruana. La social democracia positivista ya ha hecho bancarota en Europa y le parece una solución totalmente inadecuada para despertar las energías de las masas trabajadoras. Por eso, en primer lugar, valoriza las tendencias que más se alejan de este burdo economismo.

En este contexto es correcto apreciar las sugerencias voluntaristas que le vienen de pensadores como Sorel o como el propio Bergson. Hay que rechazar una interpretación de esta "apertura" de Mariátegui en términos meramente ideológicos. Cuando José Carlos expresa su aversión contra la visión corriente del "materialismo", lo hace en vista de una revaloración del impulso ideal del movimiento obrero. Reconocer el dominio de los factores económicos no significa aceptarlo pasivamente. En este sentido la posición de Mariátegui se acerca a la del joven Antonio Gramsci, quien saluda la Revolución de Octubre como "Revolución contra El Capital". Es demasiado claro que el blanco polémico de Gramsci no es Karl Marx, sino sus vulgarizadores, que habían quitado a su doctrina el impulso revolucionario.

Cuando se habla de elementos irracionalistas y voluntaristas en Mariátegui (y en Gramsci) sería necesario antes averiguar si no estamos influidos por una visión esquemática de lo que es un teórico y un dirigente revolucionario. El voluntarista Karl Marx escribe en 1867 (cuando, por supuesto, no era jovencito: es el año de publicación del primer tomo de *El Capital*): "Yo me río de los hombres llamados 'prácticos' y de su cordura. Si se quiere ser un buey, desde luego se puede volver la espalda a los tormentos de la humanidad y cuidarse sólo de su propio pellejo" (Karl Marx, *Carta a Siegfried Meyer*, 30 de abril de 1867).

Harto conocida es la exclamación de Lenin: "Tanto peor por la realidad", dirigida a los que oponían la resistencia de los "datos objetivos" al proceso revolucionario. Mientras se escriben estas notas, es inmensa en todo el mundo la emoción por la muerte de Mao Tse-tung. El líder chino, entre otras cosas, ha enseñado a su pueblo "Cómo Yu Kung desplazó las montañas". Es curioso encontrar en los necrologios de la gran prensa internacional, una actitud de suficiencia hacia el llamado utopismo de Mao, si se consideran las consecuencias materiales de este utopismo.

A partir de esta constelación de referencias, que hemos solamente aludido (con un intento un poco "provocador"), es posible entonces sentar sobre nuevas bases el problema del "idealismo" mariateguiano.

Volviendo al libro de Vanden, vemos como los distintos componentes de la formación del Amauta son analizados en varios capítulos. En el período anterior al viaje europeo, el autor se limita a señalar las conocidas influencias de González Prada y Valdelomar. Mucho más interesante es el capítulo sobre la experiencia europea. Vanden coincide con Meseguer en la insistencia sobre el impacto de la figura de Barbusse en el peruano. Se aleja en cambio de este crítico en el análisis del influjo italiano. El estudioso norteamericano, en efecto, rechaza la idea de una dependencia del marxismo mariateguiano de Croce. Vanden excluye tam-

bién cualquier influencia de Labriola. En este caso es preciso observar que la cuestión resulta vinculada al problema anterior, puesto que Labriola había sido la principal fuente marxista de Croce. En este sentido, la ausencia de obras de Labriola en la biblioteca mariateguiana no es una prueba decisiva para excluir cualquier contacto con la obra del importante pensador marxista italiano.

Por lo que se refiere a los clásicos del marxismo leninismo, Vanden, como ya se ha dicho, insiste en las lecturas directas de Mariátegui, sobre todo en el caso de las obras de Lenin. El libro, después de un recuento de lecturas divididas por zonas geográficas, concluye con la lista de libros por orden alfabético. Lamentablemente el catálogo tiene muchos errores, que a veces dificultan hasta el reconocimiento de las obras. Pensamos que estas imprecisiones podrán ser subsanadas en una futura nueva edición, que el libro sin duda merece.

Nuestra insistencia en el contexto en el que hay que colocar el marxismo de Mariátegui no quiere de ninguna manera afirmar que el pensamiento del peruano carece de contradicciones. Es indudable que los acentos irracionalistas, la temática relativa al mito y a la religión, confieren un matiz peculiar a su obra. En este sentido es aceptable la crítica que hace a un trabajo nuestro de hace varios años el crítico norteamericano Malcolm Sylvers.

El estudio de Sylvers es el trabajo hasta hoy más completo sobre una etapa fundamental en la formación de Mariátegui. El rigor documental se une a una interpretación fundada en un profundo conocimiento de la problemática italiana. Sylvers coloca el interés creciente despertado por la obra mariateguiana en el proceso de redescubrimiento de un marxismo creador. Es el mismo fenómeno que se expresa en la atención hacia autores como Lukács, Korsch o Gramsci. La experiencia europea de Mariátegui, según el autor, señala el paso del cosmopolitismo al internacionalismo.

En *La escena contemporánea*, el primer libro del peruano, el elemento básico es la averiguación de la crisis de la democracia burguesa. La visión de los intelectuales es esencialmente negativa. Se subraya su oportunismo frente al fascismo, que se injerta en la tradición del "transformismo" italiano. Pero sería interesante, agregamos nosotros, considerar los desarrollos sucesivos del pensamiento y de la actitud práctica de Mariátegui hacia los intelectuales. La toma de conciencia de la oscilación política de este sector no desemboca en una posición sectaria. Todo lo contrario, inspira en el peruano la política de hegemonía y de "frente amplio" de los hombres de cultura, representada por la experiencia de *Amauta*. En este caso también es necesario considerar en su totalidad la parábola del pensador marxista.

Sylvers destaca la importancia decisiva del período italiano. No sólo por la experiencia directa de grandes fenómenos políticos como el fascismo y las luchas obreras, sino por la aplicación a la historia peruana de esquemas procedentes de la historia de Italia. Desde este punto de vista resulta fundamental la influencia de Piero Gobetti. Es un aspecto ya subrayado por los críticos anteriores, que ahora se evidencia en todas sus articulaciones.

Sylvers estudia detenidamente las *Cartas de Italia*. Algunas observaciones críticas del autor sobre errores de enfoque de Mariátegui son correctas. Pero habría que poner estas crónicas en su contexto y en su "tradición". A pesar de algunas fallas y superficialidades, ellas representan un salto de calidad con respecto a la literatura de viaje anterior. El punto de vista clasista es un elemento unificador. El mismo estilo refleja la acción de esta fuerza centrípeta. Vuelve la espalda al impresionismo y al pintoresquismo para perseguir una prosa nerviosa y cortante, llena de ideas.

Con este somero panorama, pensamos haber destacado la vigencia dinámica de la obra mariáteguiana en la crítica contemporánea. Quedan abiertos muchos problemas, vinculados con la misma amplitud de su obra. Pero a partir de las aportaciones comentadas es posible dar un nuevo impulso a la investigación. Nos parece decisivo no olvidar un solo momento la calidad del hombre Mariátegui: no pensador exclusivo y libresco, sino forjador de una organización revolucionaria. Sobre estas bases es posible desarrollar las conquistas de las obras recientes que de todos modos, representan con eficacia la mayoría de edad de la crítica mariáteguiana.